

Robert Walser



DIARIO DE
1928



TRADUCCIÓN
Juan de Sola

Escrito originalmente a lápiz, cuando vivía en Berna, en el reverso de las hojas de un calendario de 1926, este falso diario «de una extensión razonable», es una amena, exquisita y elegante digresión en torno a la vanidad y al vacío, ese vacío que acaso es todo lo que se pueda decir a propósito de la vida misma.

Con fina ironía y con una prosa, digamos, en forma de espiral, Walser pasa continuamente de un argumento a otro, mezcla situaciones, asiente al tiempo que niega y afirma a la vez que desmiente. Así y todo, en *Diario de 1926* hay un hilo conductor que viene representado por la figura de una mujer, llamada Erna, a la que el narrador ha enviado una carta y un librito de poemas. Los numerosos personajes que entran y salen de esta historia parecen figuras casi privados de gravedad, seres fluctuantes que existen solo en la imaginación o en el papel e increíblemente similares a esos otros personajes que entran y salen de esa otra historia que es la vida real o irreal de cualquiera de nosotros.

Walser pasó este borrador a limpio con la clara intención de publicarlo. Fue en balde. Un año después ingresó por su propio pie en un sanatorio para sumirse definitivamente en el silencio. Un silencio que ha hecho correr ríos de tinta hasta hoy.

1

Hoy he dado un agradable paseíto, breve, mínimo y sin alejarme demasiado, he entrado en una tienda de comestibles y he visto en su interior a una agradable muchachita, de estatura igualmente mínima y porte y actitud visiblemente modestos. En el curso del paseo he reflexionado brevemente acerca de las palabras con las que iba a iniciar el trabajo que empiezo a escribir en este preciso instante y cuya redacción me tendrá ocupado probablemente una veintena de días. Durante este espacio de tiempo, pues, seré bastante aplicado, aunque no dejaré de concederme de tarde en tarde alguna pausa, con lo que vengo a decir que el presente «diario» no va a fatigarme en exceso. Naturalmente, podría haber dicho «dietario» en lugar de «diario». Quiero decir que lo que me he propuesto es escribir estas líneas, que acaso despierten algún interés —cosa, huelga decir, que deseo con toda el alma—, de la manera más simple posible, es decir, sin la menor afectación; en otras palabras: pondré todo mi empeño en evitar escrupulosamente cualquier clase de «fanfarronada». Lo que me gustaría exponer es que en esta ciudad, que ha devenido por así decir tan cara a mis afectos, he tenido ocasión de conocer a una serie de mujeres, o mejor, a algunas mujeres realmente simpáticas y diría incluso en parte que hasta imponentes, una cosa, ésta, que confieso me llena de contento. ¿A quién no iba a satisfacerle la simpatía que se ha acostumbrado a profesar a algunas personas que irradian confianza y rebosan alegría de vivir? Porque, desde que habito esta ciudad en la que se me ha permitido residir, me

he sentido de vez en cuando, esto es, con bastante frecuencia, relativamente feliz. ¿Puedo osar afirmarlo sin temor a que se me considere un hombre frívolo o superficial y tantas otras cosas? Y ¿se me permite desde aquí recordar que anoche tuve ocasión de trabar y cultivar una nueva amistad realmente agradable?

Y es que ayer, a altas horas de la noche, en el silencio y, lo digo sin tapujos, la quietud nocturna de la calle, estuve charlando con uno de nuestros jóvenes intelectuales, un estudiante, sobre el sentido y la importancia del «psicoanálisis». ¡Qué sereno, cálido y hermoso resplandecía el cielo nocturno con todas sus estrellas! Porque era un resplandor en toda regla. El firmamento se me antojó como un árbol amable y cargado de frutos; luego, de repente, como una camisa finamente recamada o un vestido de noche suntuosamente guarnecido. No quisiera que nadie se tomara a mal esta alusión, esto es, que la interpretara como una extravagancia o algo del mismo tenor. Tengo la sensación como si hoy día uno no tuviera «ya propiamente», o, a decir mejor, no gozara «aún», por el momento, del derecho a comportarse y expresarse «poéticamente». Ello puede deberse tal vez a que me tomo muy en serio el tiempo que paso en compañía de mis contemporáneos, y probablemente no voy muy desencaminado ni, creo, yerro el tiro, pues, ¿de qué otra cosa me informó ayer una noticia publicada en el periódico, sino del creciente desempleo en tal o cual otro país? Sólo de eso se infieren ya claras dificultades económicas. La escasez de oportunidades de ocupación es, a mi entender, un peligro que debe ser tomado seriamente en consideración; huelga decir que dicho problema ha existido siempre, pero hacía mucho tiempo que no adquiría las dimensiones que tiene en nuestros días.

He hablado, pues, de una conversación y de un artículo periodístico, y he proclamado mi entusiasmo por algunas mujeres que serían algo así como mis declaradas «predilectas». El hecho de haber conocido a algunas mujeres, por

otro lado, no es ciertamente una cuestión que revista gran importancia, toda vez que las conozco sólo de haberlas visto en alguna parte, de haberlas rozado con la mirada, pues debo confesar, en honor a la verdad, que no frecuento por así decir eso que llamamos sociedad, sí, por ejemplo, en esta ciudad apenas si me han «invitado» alguna vez a ir a ningún sitio. ¿Confirmaría eso que en cierto modo interpreto en este lugar el papel de un marginado, y haría bien en tomar conciencia de haber interpretado siempre ese papel? Desde este punto de vista, pues, en lo que concierne a mi relación pasada o actual con el entorno o con el mundo circundante, habría ocurrido poco o nada que semejara una transformación. Soy un escritor al que algunos se han encañonado en otorgar el título de «poeta». Ni que decir tiene que, en lo que a dicha distinción se refiere, me muestro sumamente indulgente y acomodadizo. Lo que es yo, de vez en cuando he estimado oportuno o conveniente presentarme como «periodista», acaso sin más motivo que por puro capricho, y sin tener la más mínima intención de sugerir con ello un «rango» o una «posición».

Además, ¿no hay algunas personas que al principio se interesaron por mí y que luego, hace algún tiempo, afirmaron que, comparado con mi antigua manera de obrar, me había vuelto considerablemente «más silencioso»? Pues bueno, puede que eso no sea sino un hecho consumado.

Muy a menudo, es decir, casi todos los días, veo cómo el comerciante de ultramarinos hace con cierto placer sus recados, que parecen consistir en un afanarse y al mismo tiempo, sin embargo, en un abandonarse completamente liberal, y una de esas personas a las que llamamos personalidades, esto es, alguien que ocupa un cargo y posee cierto peso, me saluda con extrema cortesía cada vez que nos cruzamos.

De todos modos, ya va siendo hora de que me disponga a hablar con tiento de la «experiencia» que he tenido.

¿Tendrá alguna importancia? Esta pregunta se responderá sola.

Hace unas semanas, alguien se esforzó visiblemente en hacerme creer que sigo siendo «exactamente, con pelos y señales», la misma persona espontánea y natural.

Este primer párrafo podría compararse con una suerte de introducción.

Todo esto que ahora, cómo decirlo, trato de poner sobre el tapete, ¿será algo así como una historia de amor? ¿Sería posible que aquí, en este lugar y en cualquier momento, me hubiera enamorado perdidamente y hasta las orejas? ¿No sonaría quizás algo así francamente increíble? Porque yo siempre me he considerado y «todos los demás» me han considerado alguien por así decir insensible, un tipo incapaz de entusiasmarse, incapaz de albergar ilusión, de exaltarse por algo, de luchar denodadamente por esto o aquello, de sentirse arrebatado, enardecido.

No hace mucho leí que fueron los habitantes de Asia Menor quienes, en torno al año 700 antes del nacimiento de Cristo, acuñaron dinero en forma de moneda. Hay épocas en las que leo muchísimo, pero luego hay otras en las que no leo prácticamente nada.

Como fuere, se me permitirá que dé por supuesto que esto a lo que muy poco a poco, esto es, con la debida serenidad de espíritu, voy dando forma aquí es fruto y propiedad de mi intelecto, desde el momento en que mentalmente me muevo sobre un terreno que es mío y de nadie más, y espiritualmente me apoyo sólo en lo que he conocido por mí mismo. Con todo, ¿qué hacen allí todos esos li-brillos?

En primer lugar, parece que me encuentro en una duda nada desdeñable con respecto a un nombre de mujer. Se trata de qué nombre dar a una «heroína». Cualquier otro autor en semejante tesitura estaría quizá inquieto; yo, en cambio, creo poder confiar decididamente en mí mismo, y creo además que una diversión como la que ayer, por

ejemplo, me distrajo hasta cierto punto de proseguir la narración, de perseverar en este trabajo, no podrá impedir que comunique que vi con estos ojos la imagen de una condesa. De eso hará quizá dos semanas. Yo estaba en el campo, hojeando la colección anual de una revista en la que encontré reproducida la imagen de esta dama, que me causó una impresión, me siento tentado a decir, de una delicadeza superior a toda ponderación, esto es, una impresión de una ternura y una bondad extraordinarias, y al mismo tiempo, tal vez, también de una ordinariez extraña, poco al orden del día. La ilustración era obra de un pintor, dibujante o maestro, que debió de ser un hombrecillo enjuto, en los huesos, de una irrelevancia corporal tal que pasaba casi inadvertido, pero al mismo tiempo muy inteligente y espiritual, una suerte de duendecillo o diablillo bonachón y con talento, un pequeño observador, por así decir, de primera calidad. Por lo demás, como es de recibo, pido disculpas por un excursus que posiblemente esté fuera de lugar y hago saber que aquella diversión de la que he hablado consistió en una velada que, como ya se ha dicho, se celebró ayer. Me hallaba entre un número razonable de muchachas jóvenes y vivarachas, hablando de lugares lejanos e importantes, de las labores cotidianas de oficina y del arte de la danza. ¿Puedo añadir que me parece que no escribo tanto para conseguir, si lo hubiere, un salario, esto es: que escribo menos por dinero que por el encanto, simple y llanamente, que tiene para mí una ocasión cualquiera, o un objeto, y pedir además que se me crea? Encuentro, por ejemplo, que la escritura corre pareja a la vida; se entrelaza con ella; y a mi modo de ver cumple que así sea y así es como debe ser. Lo mismo vale para el significado o el poder de distracción de eso que ha dado en llamarse el camino recto del trabajo, para el cual carece de importancia si discurre en línea recta o si incluye e integra desvíos y ramificaciones. ¿Erna? ¿Es Erna un nombre apropiado para una heroína? No me atrevo todavía a pronunciarme a este respec-

to, sigo sin atreverme a tomar una decisión en este sentido. ¿Puedo, con la venia, pensar que quizá esta misma tarde o mañana a primera hora a más tardar se me va a ocurrir la palabrita que habrá de liberarme y sacarme de todo este apuro?

Espero que así sea.

Hará cinco o seis años que llegué a esta ciudad; no es demasiado grande, pero en contrapartida ofrece la imagen de una ciudad plástica y muy rica en expresiones. Puede que existan ciudades más elegantes y mundanas, pero la nuestra disfruta de los privilegios de la originalidad, del vigor de quien no sufre achaques. Pero no voy a decir mucho al respecto, pues no me conviene en absoluto, habida cuenta de que mi propósito aquí es escribir una historia, no un ensayo. ¿Si tengo ya las bases, el fundamento y la estructura para construir tranquila y relajadamente tal historia? Me encomiendo a la eventualidad, y lo hago con un coraje nunca visto. Si la historia se viniera abajo, emprendería de inmediato otra cosa, algo nuevo, ya que nunca me apoyo en una única idea creativa, sino que por dentro y de manera regular me baso en el hecho de que en el mundo moral hay siempre algo excelente y que me admira: los paralelismos. Con ello me refiero al camino que intenciones, deseos y aspiraciones distintos recorren juntos en la misma dirección, intenciones, deseos y aspiraciones que, aun sin confundirse como gemelos o trillizos, no dejan de tener un aire parecido, un poco como los hermanos buenos y felices que se llevan bien.

«¡Pero no teorices tanto y vuelve por estos cerros!», podría decirme ahora alguien con razón. Y soy yo mismo, que me lo digo. Soy yo el que, a la manera de un crítico, me doy amigablemente unas palmadas en el hombro, como recordándome que hace ya mucho que debería haber declarado que durante un tiempo trabajé aquí de escribiente en una oficina y que renuncié a un empleo en términos generales agradable, útil y por ende atractivo, porque cayó en

mis manos, o en mis bolsillos, una suma redonda de dinero en forma de herencia incomparablemente bonita. Gracias a esta modesta suma que, igual que un regalo, me cayó encima inesperadamente, como venida del cielo azul veteado de blanco, para cargarme alegremente con su peso, me creí en el deber de dedicarme con hermosa y noble exclusividad al arte poético y a las alegrías de la vida. Simultáneamente, una muchacha exquisita por cuanto irreprochable me hizo saber que en casa de una viuda había disponible una habitacioncita, una auténtica habitación de poeta, pequeña, en la que el sol entraba como un ángel dorado para hechizada con encantos musicales e imágenes fantasiosas. Siguiendo el consejo, que no me pareció mal, me dirigí raudo y veloz al lugar en cuestión, y en efecto la cosa iba en serio, esto es, la cuestión del alquiler fue convenida formalmente, cabe decir que no sin cierta gracia tanto por mi parte como por parte de la casera, unos días más tarde, una vez me hube instalado, esto es, acostumbrado a la nueva vivienda, entré en un *cabaret* en el que vi con una actitud a caballo de la pompa y el garbo a aquella mujer de cuyo aspecto me fue dado enamorarme a primera vista, algo que jamás había pensado pudiera darse en alguien que, como yo, se había distinguido hasta entonces por su sequedad, por su prudencia y demás. Sólo acerté a decir en voz baja: «¿Se trata de un castigo o de una recompensa, debo sentirme más rico o un completo miserable, y es de veras algo estrictamente humano, de verdad que no es una diosa descendida del universo, eso que miro y veo con los ojos más inútiles y más indignos que jamás han existido, con estos ojos como platos que se sumen en la ceguera?»; y mientras me decía este susurro de felicidad o alguno parecido, tuve la impresión de que estaba perdido. En atención al hecho de que ella, impávida e ilesa, sigue en el mundo de los vivos, me abstendré de describir su vestuario, el color y el corte del vestido que llevaba puesto, sus rasgos, su estatura, su talla y sobre todo la manera en la que le gustaba pei-

narse. Bastará con que reconozca que me pareció extraordinariamente hermosa, incomparablemente hermosa, indeciblemente hermosa, y valiosa en el mismo grado de inefabilidad, y que desde entonces empecé a mirarla boquiabierto, con la mayor naturalidad y la mayor falta de tacto que imaginarse pueda, hecho que me procuró una dicha que hasta entonces no había vivido ni sentido nunca.

Me permití, pues, ser feliz, y comunicar esta circunstancia me lleva a pensar que por aquel entonces, en lo que a mi actividad de escritor se refiere, me hallaba en cierto modo atascado, en el dique seco. Podría decirse que por entonces era un autor un tanto trivial, que no había sabido cómo despertar en mí una energía creativa. En aquella época, en suma, me relacionaba en primer lugar con una viuda que en el fondo era muy simpática; en segundo lugar, con una criada o mujer que ponía orden, que igualmente me caía la mar de bien; en tercer lugar, con mis tentativas literarias, que no querían prosperar; y, por último, con la mencionada máquina para crear en mí el máximo embeleso. Parecía ya que mi ideal se había fijado en mí mínimamente un par de veces, lo cual estimé que era muchísimo, toda vez que lo consideré la más exuberante de todas las gentilezas. ¿No vi yo en aquel café, un día que me encontraba allí de nuevo, lleno de felicidad, cómo un atractivo y joven lacayo bajaba del ascensor, que se reveló como un medio de transporte que según parece funcionaba de maravilla? ¿Cómo podría hacer caer una cortina de silencio absoluto y discreción impenetrable sobre aquella época tan dulce y llena de reveladores «desvaríos»? Por aquel entonces, por decirlo brevemente, andaba yo escaso de técnica literaria. Todas las torpezas que fabricaba y componía con indebida simplicidad le eran retornadas al ignaro remitente, puntualmente y con la más expresa gratitud. Por aquel entonces, pues, entretenido como estaba con la escritura de escritos que no tenían alas, ni estaba en buena forma ni me hallaba por

así decir en «lo más alto». Y es que las alas de la laboriosidad y las alas del amor son de distinta especie.

No fue hasta más tarde cuando contraí una rutina. Quizá hoy puedo decir a este respecto que fueron mis extensas correrías en eso que llamamos realidad las que me convirtieron en una persona de provecho; poco a poco, gracias a los varios movimientos que realicé en la vida exterior, se me fue abriendo una vida interior, y la poca felicidad o reconocimiento que me gané con mi escritura, la cual en cierto modo había progresado, se los debo al hecho permanente de que, en lo que a mis sensaciones y deseos íntimos se refiere, hube y tuve ocasión de toparme con una serie de obstáculos que en cierto sentido vinieron a ser reconfortantes.

De esta manera, con la máxima intensidad, llegué a una conclusión y empecé a pensar que en realidad sólo había olvidado cuáles eran en el fondo mis aptitudes. Entre los pequeños volúmenes de los que he prometido hablar, lo cual haré en la siguiente sección, figuraba cierta historia de chimenea. Hoy me cuesta entender cómo pude leer semejante cosa.

Por el momento, permitan que tome un poco de aire. Continuaremos, por lo demás, dentro de breves instantes. La mera idea de que las fatigas que tienen lugar en estas páginas y en las que siguen puedan malograrse me pone de mal humor y hace que me enfade conmigo mismo. Cuánto no tiemblo de desprecio hacia mí mismo, por ejemplo, cuando pienso que sería posible que fracasara en mi intento de exponer la experiencia amorosa, que constituye el verdadero objeto de un trabajo en el que me he prohibido terminantemente sacar a colación episodios de trincheras u otros por el estilo, que en estos tiempos de posguerra en los que se aspira a la paz causarían mal efecto, esto es, podrían terminar provocando falta de interés en lugar de despertar una sincera compasión. Aunque lo cierto es que las historias de amor pueden resultar relativamente carentes de interés; y estoy convencido de que aquí existe seme-

jante posibilidad y corro semejante «peligro». No obstante, prosigo con mi crónica o relato con un arrojo acaso inaudito hasta la fecha y comunico primero, de manera formal o puramente por principio, que soy de la opinión de que una novela se presta mejor a soportar elementos imaginarios, inventados, que un informe realista cuya acción debe estar necesariamente ligada a datos fidedignos y conformes a la verdad. Esto último es el caso de los actuales esfuerzos. Ahora, a mi modo de ver, se debe o debería «estar en disposición de hacer alguna cosa» con la información verídica, esto es, habría que emprender algo así como una redacción, tarea a la cual, en la ocasión que nos ocupa, me someto vivamente intentando crear algo que sea lo más digno de lectura posible, y es por ello por lo que «tiemblo» tanto y, a causa de lo exiguo de mis fuerzas, me hallo en un mar de dudas que parecen olas y fluctúan de un lado a otro, olas de las que sólo puedo esperar que no se me traguen, lo cual me parecería una pena enorme. En general, considero que el hombre que escribe o el criado que está al servicio de la escritura escribe con la máxima seguridad y sin la menor preocupación si lo hace con alegría, de buena gana, esto es, con verdadero gozo y de mil amores, si, al escribir, sobrevolando numerosos contratiempos, que quizá podrían ser comparados con una especie de precipicios, halla un placer, y un placer, además, sumamente raro y exquisito. Anoche se me ocurrió lo siguiente, que tal vez tenga no sé qué divertido: en cuanto al elemento cómico se refiere, podemos tomárnoslo en serio, y en lo que respecta al significado de lo serio o de lo trágico, puede descubrirse en ello algo cómico, gracioso. Recientemente, por ejemplo, con ocasión de una velada pasada en el teatro, el final de la ópera Don Giovanni, de Mozart, me conmovió casi de una manera un tanto graciosa, cosa que no quiero en absoluto dejar de expresar con toda la franqueza. A mi modo de ver o según eso que se llama parecer, lo trágico representa la mitad del globo terráqueo o de la vida terrestre, mientras

que la otra mitad, que tiene el mismo tamaño y a la que corresponde exactamente la misma importancia, la constituye lo cómico. Personalmente concibo todo esto, simple y llanamente, como un principio ético fundamental, a propósito del cual muchas de las personas que reflexionan sobre esta clase de fenómenos se verán por supuesto obligadas a disentir.

Luz, aire y luminosidad son de lejos lo mejor que puede tener una casa, pensé ayer por la tarde mientras daba un breve paseo en cuyo transcurso tuve ocasión de pasar por delante de unos inmuebles que se ocultaban en exceso tras una exuberante vegetación «protectora», como por ejemplo un seto vivo, que no hace más que acumular el polvo del camino, más o menos como muchas de las baratijas inútiles que llenan los salones y no son más que receptáculos y depósitos de aire insalubre, puesto que, en su lindeza de hojarasca, siguen cubiertas de polvo.

2

Estos comentarios hechos al paso, ¿qué son para mí, una ocasión para descansar, o algo así como un puente que tiende sobre los momentos en los que quizá no se me ocurre nada que decir, a la manera de un ingeniero que tiende puentes sobre ríos que hay que cruzar, como suele ser el caso del orden moral cuando se encuentra frente a la maldad y la porfía?

Nuestra ciudad se caracteriza por estar rodeada de bosques. Uno de los bosques o bosquecillos que se extienden hacia esta o aquella dirección presentaba ayer un aspecto grácil, en cierto sentido caprichoso. El interior del bosque tenía un no sé qué jaspeado, estaba graciosamente iluminado, animado, surcado, dividido por toda clase de lucecitas. El espectáculo tenía algo inofensivo y al mismo tiempo embaucador, y así, mientras vagaba por este encantador paisaje de adornos o aderezos en punta, iba pensando en antiguos paseos por otros bosques, de los que tal vez hable luego no bien se preste la ocasión, lo cual será dentro de poco. Asimismo, no tengo todavía intención de mencionar a un chiquillo, sino que prefiero en cierto modo reservármelo, como si de momento no fuera conveniente, como si no considerara de buen tono, por así decir, presentarlo de buenas a primeras. Así y todo, por ahora puedo confesar que es hijo, según parece, de una muy buena familia y que le perdí la pista hace mucho tiempo, como se la he perdido a tantas otras cosas que aprecio y que el azar o los imperativos de la vida me han en cierto sentido arrebatado. En lo que al amor se refiere, se trata de un mundo que lo

mismo puede uno despreciar y considerar secundario, como elevarlo, colocarlo en lo más alto y estimar que es algo capital. Como se habrá notado, soy perfectamente consciente del significado ambiguo de lo que es bello y es bueno, y me tomo la libertad de pedir que no se me tenga ni por un pastor estrecho de miras que se exalta por cualquier cosa, ni por un cínico y negador redomado; serían dos extremos que a mi entender no son determinantes. ¿Acaso no se advierte ya en la escritura de la que aquí me sirvo que no he pintado o dibujado ni bordado la pasión en mi bandera? Como persona, ciertamente, uno puede comportarse de vez en cuando con apasionada irreflexión, pero al escritor le conviene, en todos los sentidos y por tanto también en éste, una superioridad serena, indolentemente amable e inequívoca, cosa que, a decir verdad, va de suyo, y ruego me disculpen este rodeo innecesario, puesto que su contenido se da tácitamente por supuesto.

Oh, cuán estúpidamente no me comporté con aquella Erna, que no tendrá nada que objetar a que mantenga aquí el nombre que le fue dado. Uno de los mayores poetas que jamás han existido dijo que los nombres carecen de importancia, que no son más que puro ruido, lo cual sin duda no debe uno tomárselo demasiado al pie de la letra, si consideramos las numerosas ventajas derivadas del hecho de llevar cierto nombre. Se podrá o deberá entender la máxima de aquel poeta en clave de sentencia filosófica, y ahora, inopinadamente, me pongo a hablar de un hombre de quizá treinta y dos años, un hombre al que conocí de manera tierna y algo pálida en la mañana de un domingo, en el pequeño jardín de una posada, y con el cual, explayándonos de un modo sumamente locuaz sobre un montón de asuntos, fui a pasear a uno de esos bosquecillos con aire de parque que rodean la ciudad, donde, charlando muy a gusto, nos sentamos en un banco. Uno de los temas de conversación que, por así decir, sacamos de la gaveta de la tertulia, hacía referencia a Goethe, tras lo cual alcanzamos algo